

XXXIII

DE ADRA A LA CALAHORRA

Llegó don Luis Fajardo a Adra con dos mil infantes y setecientos jinetes. Le acompañaban como capellanes don Alonso Tamayo, deán de Almería y don Pedro de Malpartida, chantre de Baza, que murió en Adra poco antes de que el ejército subiera a Valor. Durante los dos meses que estuvo en Adra este ejército se acrecentó con el tercio de Nápoles que trajeron de Italia, los soldados que don Juan de Mendoza tenía en Orgiva, las compañías del marqués de la Fabara y los catalanes de Antic Sarriera.

Mientras se formó este ejército, se reorganizaron y reforzaron las guarniciones de los lugares más importantes. A Guadix fue don Rodrigo de Benavides con dos mil hombres y a Orgiva Francisco de Molina con cinco banderas. Se relevaron las compañías, que estaban en Tablate, El Padul, Lanjarón, La Calahorra y Fifiána.

A mediados de abril, don Luis de Requesens partió de Italia con doce compañías de soldados viejos, de las que diez eran del tercio viejo de Nápoles, una del tercio del Piamonte y otra del de Lombardía. Eran en total dos mil seiscientos soldados. Su capitán don Pedro de Padilla.

Contra el parecer de los marinos genoveses de su nave, que le aconsejaban que retrasase la salida unos días, salió el 18 de las Pomegas, dos islas del golfo de Marsella, con un maestral fresco, poco después se desató un temporal de poniente, que dispersó las galeras y durante dos días con sus noches las tuvo en peligro de naufragar. El 20 a las diez de la mañana llegó a Mahón con sólo una galera, estuvo aquí cinco días y uno en Ciudadela sin poder hacerse a la mar por el mal tiempo. El 27 llegó

a Palamós, donde los marinos de unos galeones de Cerdeña le dijeron que a su isla habían arribado doce galeras muy mal paradas, de las que una se había perdido. La noticia de este desastre ya la conocía el Consell Barceloní, pues en el Dietari de l'Antic Consell se anota el día 28 que las veinticuatro galeras, que Requesens traía de Italia «han patir gran naufragi». Desde Palamós Requesens ordena a Andrea Doria y a don Alvaro de Bazán que recojan las galeras y traigan la infantería a Adra.

Requesens transportaba en las veinticuatro galeras los soldados dichos de los tercios de Italia y muchos caballeros y soldados aventureros, «que venían a su costa por solo hallarse en esta jornada». La noche del día que partió de Marsella se desató una tempestad que duró tres días, dispersó las galeras y destruyó algunas. En el mismo golfo de Marsella se hundieron cuatro galeras y se perdió la gente que llevaban. Otras doce fueron a parar a Cerdeña, donde las encontró don Alvaro de Bazán, reparó cinco y en ellas y en las suyas embarcó los soldados que pudo y los llevó a Palamós, donde encontró a Requesens con la galera capitana y otras nueve, que habían seguido su derrota. Los soldados habían tenido que tirar armas e indumentaria, para aligerar de peso las naves. Los remeros moriscos y turcos intentaron hacerse con una nave, fueron sentidos y se ajustició a los cabecillas. De los capitanes de las banderas del tercio de Nápoles se ahogó uno y se dio su compañía al sargento mayor Carlos de Ayllón. Fue necesario vestir y armar a los soldados y a los caballeros aventureros en Barcelona y se repararon las galeras en sus atarazanas.

Requesens partió de Barcelona el 15 de mayo y llegó a Adra el 18 ó 20, se detuvo una hora y siguió para Almuñécar al asalto del Peñón de Frigiliana, en el que se habían hecho fuertes los moriscos. Tuvo en esta operación cien muertos, cuarenta heridos graves y quinientos sesenta menos graves y degolló dos mil moriscos. Entre la tempestad y la aventura del Peñón le han quitado dos mil trescientos soldados y sólo entrega en Adra trescientos. En un mes recuperó mil doscientos soldados, que habían ido a reponerse. De todos modos de los dos mil seiscientos soldados que sacó de Italia, sólo pudo poner en Adra mil quinientos. Abasteció la plaza y ordenó que las galeras vigilasen la costa.

Por el mismo tiempo llegó a Adra don Sancho de Leyva con mil quinientos catalanes «de los que llaman delados, que por las montañas andan huidos de las justicias, condenados y haciendo delitos, que por ser perdonados vinieron los más dellos a servir en esta guerra; era cabeza dellos Antic Sarriera, caballero catalán; las armas sendos arcabuces largos y dos pistoletes, de los que se saben aprovechar». El alistamiento de estos bandidos lo realizaron en mayo-junio Antic Sarriera, caballero de Santiago, y mosen Lupia en el Ampurdán. El alistamiento lo autorizó el virrey

de Carahúña, don Diego Hurtado de Mendoza. Estos bandidos servían por el perdón de sus fechorías.

Don Juan de Mendoza bajó a Adra los tres mil hombres que tenía en Orgiva. Lorenzo Téllez de Silva, marqués de la Fabara, caballero portugués, trajo setecientos hombres alistados a su costa. Al presentarse al marqués de Vélez-Blanco le dio tratamiento de señoría, teniéndolo de excelencia, por lo que el marqués le contestó con ciertas palabras menos gratas, que molestaron tanto al portugués que «le cobró mortal odio y de allí adelante jamás se avino con él».

No descuidaba don Luis Fajardo seguir los pasos de Abén Humeya. El 26 de julio comunica a don Juan de Austria que le habían dicho de Almería que había pasado por Terque con trescientos hombres de a pie y cuatro de a caballo camino de los Filabres y suponían que iban a recoger la gente de esta sierra. También le habían dicho que había reunido en Vaíor treinta mil hombres, pero no cree que sean tantos, aunque de Orgiva a Adra sus espías no encuentran moriscos que apresar para interrogarlos.

En otra carta expone a don Juan la situación de Adra. Hay cuarenta y cuatro galeras, que guardan la costa. Muchos soldados enferman y están «sin poder tenerse en pie». Don Pedro de Padilla ha alistado en Málaga mil quinientos infantes para el tercio de Nápoles. Don Juan de Mendoza le ha traído tres mil quinientos veinticuatro infantes y doscientos setenta jinetes.

Con los soldados que bajó de Berja don Luis Fajardo y los que le enviaron, el ejército formado en Adra se componía, a últimos de julio, en vísperas de subir a las Alpujarras, de 9.424 infantes y 970 jinetes. Había que descontar los que estaban enfermos y los que desertaban por la mala comida y el retraso en emprender la operación, en la que esperaban coger buena presa.

Los remedios que se aplicaron a reprimir las desertiones, dieron resultados contrarios. «De castigar algunos de los que se han ido desta guerra —dice don Juan de Austria a su hermano— se ha visto muy contrario el efecto de lo que se esperaba, porque se an ydo muchos más por el mismo respecto, diziéndolo públicamente y poniéndolo en essecución...». Cree que sería más eficaz remedio enviar a los que viven al mediodía del Tajo a servir en Francia y Flandes y traer a la guerra de Granada a los que viven al Norte. Alejados de sus casas desertarían menos.

Hurtado de Mendoza resume la larga estancia del marqués de Vélez-Blanco en Adra, casi dos meses, más perjudicial que provechosa para el ejército que se formaba y para él mismo. «Hallábase entretanto el mar-

qués de Vélez en Adra, lugar antiguamente edificado cerca de donde ahora es, que llamaban Abdera, con casi doce mil infantes y setecientos caballos, gente armada, práctica, y que ninguna empresa reusara por difícil... Venían muchos particulares a buscar la guerra, acrecentando el número y calidad del ejército... cesaban las ganancias de los soldados con la ociosidad, faltaban las esperanzas a los que venían cebados en ellas, deteníanse las pagas, comenzó la gente de descontentarse a tomar libertad y hablar como suelen en sus cabezas. El general, hombre entrado en edad (acababa de cumplir los sesenta años) y por esto más en cólera, mostrado a ser respetado y aun temido, cualquiera cosa le ofendía; dióse a olvidar a unos, tener poca cuenta con otros, tratar a otros con aspereza, oía palabras sin respeto y oíanias de él. Un campo grueso, armado, lleno de gente particular, que bastaba a la empresa de Berbería, comenzó a entorpecerse nadando y comiendo pescado fresco, no seguir los enemigos habiéndolos rompido, no conocer el favor de la victoria, dejarlos (a los moriscos) engrosar, afirmar, romper los pasos, armarse, proveerse, crear guerra en las puertas de España. Fue el marqués juntamente avisado y requerido de personas, que veían el daño y temían el inconveniente, que con la vitualla bastante para ocho días saliese en busca de Abén Humeya. Por estos términos comenzó a ser malquisto del común y de allí a pegarse la mala voluntad en los principales, aborrecerse él de todos y de todo y todos de él».

Don Luis, buen soldado cuando joven con el emperador Carlos en Argel, viejo, en esta guerra endiablada, se enemistó con todos, con don Juan de Austria y sus consejeros, con los jefes de su ejército, que se le enfrentan por su tardanza en salir a campaña, el más audaz Requesens, que le amenazó en público con tomar el ejército e ir en busca de Abén Humeya, si no lo hacía él. Cuenta Pérez de Hita que don Luis, «feno de cólera, como hombre no acostumbrado a oír demasías de nadie, disimulando con prudencia mandó reunir a todos los oficiales, capitanes, alféreces, sergentos y caballeros principales que estaban en su ejército, y cuanto los tuvo juntos, mirándolos audazmente», les dijo que estaba enterado de sus murmuraciones y les demostró que si no salía a campaña, era por orden del rey, cuya carta les mostró y añadió: «Si alguno de los Guzmanes quiere probar mi valor y saber a dónde llega, luego que me vea descargado del mando que me ha dado su Majestad, me hallará en Vélez, donde quedará cumplida su voluntad en cuanto me demande, de la suerte que quisiere. Al decir esto el valeroso Fajardo, parecía que lanzaba centellas de sus ojos y mostraba tan terrible aspecto, que mirándole a la cara no había hombre que no tuviera temor. Todos aquellos capitanes y caballeros se maravillaron de las expresiones del marqués, aunque muchos no dejaron de entenderlas, pues era cierto lo que había dicho, sintiendo que no le faltaban

érnulos en el campo». Era don Luis un granítico peñasco desgajado de la Edad Media, que fue poco útil para esta guerra desarrollada entre el Medievo y el Renacimiento.

Según Mármol, el marqués de Vélez-Blanco salió de Adra el día veintiséis, llegó aquella tarde a Berja, donde estuvo alojado tres días, salió el treinta y este mismo día tuvo el primer encuentro con los moriscos en el llano de Lucainena y pasó a alojarse a Ugíjar, donde estuvo hasta el tres de agosto. Salió el ejército de Adra con la gente repartida en tres cuerpos. Llevaba la vanguardia el marqués de la Fabara, la batalla don Pedro de Padilla, don Juan de Mendoza y don Juan Fajardo y la retaguardia Antic Sarricra. El bagaje, dos mil seiscientos mulos y jumentos cargados con la impedimenta y soldados enfermos, iba en el centro, cerraba la marcha don Luis Fajardo con la caballería. Esta formación cambió de Berja a Ugíjar. Abría la marcha don Juan de Mendoza seguido del marqués de la Fabara, iba en el centro don Luis con la caballería, don Juan Fajardo y Antic Sarricra con sus catalanes, la impedimenta y los soldados enfermos y cerraba la formación don Pedro de Padilla con el tercio de Nápoles. Algunos jinetes e infantes iban delante descubriendo el terreno y por los cerros de ambos lados mangas sueltas de arcabuceros caminaban vigilantes, para evitar sorpresas. A pesar de estas precauciones, como la columna era tan larga, moriscos escondidos en las quebras del terreno se metieron entre los mulos y mataron muchos soldados enfermos, sin que los soldados que los guardaban pudieran impedirlo, pues desaparecían con la misma rapidez con que aparecían.

Parece que el ejército salió de Berja por el camino de Peñarrodada o bajó a tomar el de Benínar, entre este lugar y Darricai, sobre las ocho de la mañana aparecieron derramadas por los contornos cuadrillas de moriscos con grande algazara. Al llegar al llano de Lucainena surgieron más. Los moriscos «comenzaron a deshonorar a los soldados haciendo y diciendo las deshonestidades que semejantes bárbaros acostumbran». Algunos soldados les atacaron, lo que irritó a don Luis, porque lo hacían sin orden suya. Mandó a don Juan Fajardo que con dos mil infantes los dispersara y a don Juan Enriquez que buscara paso para la caballería. Los moriscos huyeron dejando más de cincuenta muertos sobre el terreno. Aquella noche el ejército durmió en Lucainena y el día siguiente pasó a Ugíjar, donde estuvo hasta el tres de agosto.

Mientras don Luis Fajardo se preparaba en Adra, Abén Humeya había enviado a Hernando el Habaquí a Argel a por algún socorro, encargó al Zagüer que recogiera la mayor cantidad de gente y mandó al Hoscein que con cinco mil hombres impidiera a don Luis la entrada en la Alpujarras espantando más que luchando. El Zagüer trajo mucha gente; pero

cuando supo que don Luis estaba en Ugijar y que el Hoscicín le había opuesto poca resistencia, se retiró a Mecina Todol y murió a los cuatro días.

El día tres, después de oír misa, el ejército se encaminó a Válor, donde Abén Humeya estaba dispuesto a hacerle frente. El camino era áspero y el ejército marchaba despacio. Don Pedro don Padilla llevaba la vanguardia con los mil seiscientos hombres del tercio de Nápoles; la mayor parte visosío y los dos mil hombres de Murcia y Lorca, que llamaban el tercio de los Pardillos. Le seguía don Luis con la caballería. El marqués iba «armado de unas armas negras de la color del acero y una celada en la cabeza llena de plumajes, ceñida de una banda roja, que daba una lanzada muy grande atrás, y una gruesa lanza en la mano, más recia que larga. El caballo, llamado Bayante, era de color bayo, encubertado a la bastarda, con muchas plumas encima de la tesera, el cual iba poniéndose con tanta furia, lozaneándose y mordiendo el espumoso freno con los dientes, que señoreando aquellos campos, representaba bien la pompa y ferocidad del Capitán General que llevaba encima». No hay que advertir que esta descripción es de Pérez de Hita.

Detrás iba el bagaje y la batalla, que llevaba el marqués de la Fabara con sus compañías y algunas del reino de Murcia. Cerraban la retaguardia Antic Sarriera con sus catalanes y don Juan de Mendoza con los granadinos. Mangas de arcabuceros ocupaban a cada lado laderas y cumbres.

Dice Hurtado de Mendoza que Abén Humeya esperaba al marqués con seis mil hombres «arcabuceros y ballesteros, algunos con armas enastadas», que con lo quebrado del terreno a su favor, pues lo conocían y sus enemigos no, doblaban la fuerza a los hombres del marqués. «Andaba Abén Humeya --describe Pérez de Hita-- vistoso delante de todos en un caballo blanco, con una aljuba de grana vestida y un turbante turquesco en la cabeza, discurriendo de un cabo a otro, animando a su gente y diciendo que fuesen adelante y peleando animosamente tomasen venganza de sus enemigos, que no temiesen el vano nombre del marqués de los Vélez, porque en los mayores trabajos acudía Dios a los suyos, cuando les faltase, no les podría faltar una honrosa muerte con las armas en la mano, que les estaba mejor que vivir deshonorados». La mochila que llevaba «era de terciopelo carmesí, hecha de casullas de iglesia, muy rica y franjada de pasamanería de oro».

Habíanse puesto los moriscos en las laderas de un cerro por debajo de Válor, «con las banderas tendidas, tocando los atabalejos y las dulzainas con tanta armonía que atronaban aquellos valles, y en un cerrillo que está a caballero del río y del camino por donde forzosamente había de pasar nuestra gente tenía puestos quinientos escopeteros escogidos, que defendían aquel paso». Atacó don Pedro de Padilla a estos moriscos con

seiscientos arcabuceros, resistieron algún tiempo la acometida y al final abandonaron la colina a don Pedro y en ella doscientos muertos, habiendo causado treinta a los cristianos.

Mandó don Luis a primera línea a su hijo Diego con la caballería, en la que formaban don Jerónimo de Guzmán con los caballos de Córdoba y don Martín de Avila con los de Jerez de la Frontera. Bajaban los moriscos por un repecho con mucha furia y gritería, mas viéndose atacados por la caballería en una viña, a donde jamás pensaron que pudieran llegar los caballos, huyeron tras los setenta arcabuceros, que debían trabar la escaramuza y habían dejado solo a su capitán. Abén Humeya, viendo que los suyos huían y que no los podía contener, huyó también, en un barranco entre Válor y Mecina de Bombaron hizo desjarretar su caballo, mandó ahorcar a los prisioneros que llevaba, que eran Diego de Mirones, sicaide de Serón, apresado días antes en la rebelión de este lugar, Juan Aiguacil y su hijo, moriscos principales y leales de Tahal y él se embreito en la sierra seguido de seis moriscos.

La carga de la caballería y las descargas de los arcabuces pusieron en fuga a los moriscos, que traspusieron por la sierra que se alza detrás de Válor el Alto. Ordenó don Luis que enterrasen a los ejecutados por Abén Humeya y que quitasen los jaeces y la mochila al caballo de éste. No persiguió a los moriscos en huida, quizás porque vio que era imposible por lo quebrado del terreno, quizás porque creyó que desbaratarlos y ponerlos en fuga era suficiente, poco efecto para tan gran ejército, reunido a tan alto costo, acción que se criticó durante mucho tiempo y oscureció la fama del marqués. Este dijo después que fue tras el reyezuelo hasta que se le escabuyó por unos barrancos y entonces bajó al castillo de la Calahorra a por bastimentos, pues al ejército le quedaban para un día.

Volvió don Luis el día siguiente a Válor con doscientas acémilas cargadas de pan y bizcocho, se detuvo allí hasta el día ocho, que bajó definitivamente a la Calahorra. El ejército se comenzó a descomponer en Válor. Los soldados desesperados y hambrientos se iban en grandes cuadrillas y los moriscos aprovechaban la ocasión para matarlos. De los siete o nueve mil hombres que salieron de Adra quedaban tres mil.

Don Luis consideró una gran victoria desbaratar el ejército de Abén Humeya en el corazón de su territorio. Como prenda trasplantó a Vélez-Blanco la devoción al santo Cristo de la Yedra, imagen que se veneraba en Válor desde los primeros tiempos de la reconquista. Mandó colocar en uno de los testeros del salón del Triunfo de su castillo-palacio de Vélez-Blanco un bajo relieve entallado en mármol, en el que se representaba su triunfo.

